

# El problema ecológico más grave

JOSÉ LUIS GORDILLO

Uno de los obstáculos que se debe superar para generar conciencia sobre la gravedad de la crisis ecosocial es la parcelación mental con la que mucha gente piensa acerca de ella. En general, lo más frecuente, incluso entre la gente que dice estar muy preocupada por el medio ambiente, es reflexionar de forma separada sobre las “diferentes crisis” y añadir a la lista, normalmente al final de esta, la crisis ecológica.

Un craso error porque el concepto «crisis ecosocial» engloba a todas las demás. Afrontarla debería considerarse la prioridad absoluta de todos los gobiernos y de todas las poblaciones del mundo, dado que lo que nos jugamos con ella es el carácter habitable de regiones enteras del planeta o, incluso, del planeta en su conjunto.

Los optimistas pueden pensar que dicha parcelación comienza a ser cosa del pasado. En ese sentido ha hecho mucha fortuna el concepto de «policrisis», popularizado en el Foro Económico Mundial de Davos de 2023,<sup>1</sup> con el que se pretende designar la combinación de varias crisis globales interrelacionadas. De entrada, parece que con él se persigue una visión más holística de la realidad, pero a la hora de la verdad siempre se acaba enumerando diferentes problemas de los que se dice que deben ser abordados de forma separada y, a continuación, se establece una lista de prioridades en que la crisis ecológica, si es que se menciona, siempre acaba ocupando el último lugar.

Para muestra, un botón: en 2019 la Unión Europea promovió el llamado Pacto Verde en el que se dice, entre otras cosas, que las sociedades europeas deben descarbonizarse, para lo cual sus sistemas económicos deben cambiar de base

---

<sup>1</sup> Con la publicación del *Informe sobre Riesgos Globales* de 2023, disponible en: [https://www3.weforum.org/docs/WEF\\_Global\\_Risks\\_Report\\_2023.pdf](https://www3.weforum.org/docs/WEF_Global_Risks_Report_2023.pdf), Foro Económico Mundial, 2024, pp.57-66.

energética al verse obligadas a abandonar los combustibles fósiles para alcanzar –dicen– los objetivos de mitigación del cambio climático propuestos en los Acuerdos de París de 2015.

En realidad, el proyecto de impulsar una transición energética está motivado por el avistamiento en el horizonte del agotamiento del uranio y los combustibles fósiles, anunciado en los sucesivos informes anuales de la Agencia Internacional de la Energía, organismo creado por la OCDE en 1974 para asesorar a los gobiernos occidentales. En dichos informes, desde hace más de una década, se prevé la llegada de diversos *picos de demanda* de los combustibles fósiles. Como ha explicado Antonio Turiel,<sup>2</sup> cada vez que en un informe de la AIE aparece la expresión *pico de demanda* hay que traducirla por *pico de producción*.

El Pacto Verde de la UE está formulado de tal manera que parece que cambiar la base energética de una sociedad sea algo tan fácil como cambiar la rueda pinchada de un coche; la cambias y a continuación puedes seguir tu viaje tranquilamente, incluso aumentando un poco la velocidad para poder recuperar el tiempo perdido. Cualquiera que haya pensado en serio sobre este peliagudo asunto rápidamente llegará a la conclusión de que, aquí y ahora, cambiar la base energética de nuestra sociedad equivale, lisa y llanamente, a cambiar de sociedad.<sup>3</sup>

En todo caso, es evidente que aplicar el Pacto Verde va a requerir la movilización de una cantidad enorme de recursos económicos. Calculada a ojo de buen cubero, se va a necesitar una cantidad bastante más elevada que la empleada para evitar el hundimiento de las economías europeas por el efecto de la pandemia de la COVID-19. Esa financiación se podría obtener reduciendo los gastos militares, endeudándose y relajando la regla del 3% del déficit, emitiendo eurobonos, solicitando préstamos a bajo interés o extrayendo recursos de otros fondos europeos cuya finalidad tenga que ver con la transición energética (no parece difícil: pocas cosas hay que no tengan que ver con la transición energética, dado que sin energía no funciona la economía).

Sin embargo, desde que dicho proyecto fue propuesto, lo que se ha hecho es echar agua al vino y retrasar todo lo que se ha podido la adopción de las decisio-

---

<sup>2</sup> Antonio Turiel, «World Energy Outlook 2024: pasando los picos sin hablar de ellos», blog Crash oil, 31 de diciembre de 2024, disponible en: <https://crashoil.blogspot.com/2024/>

<sup>3</sup> Véase: Joaquim Sempere, *La Tierra exhausta*, Pasado & Presente, Barcelona, 2024.

nes importantes que harían posible iniciar, de verdad, la citada transición energética.

Es decir que, desde 2019, la oligarquía europea ha protagonizado una procrastinación de manual. El argumento con el que se ha pretendido justificarla es el aludido de la «lista de prioridades». Sí, nos vienen a decir, los efectos del cambio climático, la reducción de la biodiversidad, la proliferación de los microplásticos, todo eso son problemas muy importantes y hay que buscarles soluciones, pero ahora hay cuestiones mucho más urgentes que nos impiden considerar a esos asuntos los primeros de la lista.

**Lo que se ha hecho es retrasar todo lo posible la adopción de las decisiones importantes que harían posible iniciar la transición energética**

## Si quieres la guerra, prepara la guerra

La supuestamente más urgente de todas ellas, invocada por unos cuantos dirigentes europeos en los últimos tiempos, es la necesidad de aumentar los gastos militares para poder alargar todo el tiempo que sea posible el gran enfrentamiento político-militar con Rusia, sea este en su formato «caliente» o en su formato «frío». Con él también se pretende perpetuar una nueva división de Europa –puesto que Rusia también forma parte de Europa– iniciada con la guerra de Ucrania o, mejor dicho, con la guerra entre EEUU/OTAN y la Federación Rusa en el territorio de Ucrania, que no es precisamente lo mismo.

Dicha guerra comenzó en 2014 y fue, en primer lugar, el resultado de la catastrófica expansión de la OTAN hacia las fronteras rusas decidida por el Gobierno de los EEUU y, en segundo lugar, de la brutal y criminal reacción de la Federación Rusa para contenerla. Con ello, se ha cumplido la predicción formulada por E.P. Thompson hace cuarenta años, cuando Europa todavía estaba dividida entre la OTAN y el Pacto de Varsovia. Dijo entonces Thompson: «Hemos de empezar a devolver a Europa su naturaleza no dividida. ¿Cómo podremos hacerlo? En cualquier caso, no mediante la victoria de un bloque sobre el otro. Eso significaría la guerra».<sup>4</sup>

<sup>4</sup> E. P. Thompson, «Más allá de la guerra fría» en *Opción cero*, Crítica, Barcelona, 1983, pp. 227-228.

Thompson murió en 1993. Solo seis años después, la OTAN bombardeó Serbia, aliada tradicional de Rusia, junto a lo que quedaba de la antigua Yugoslavia, iniciando así su desastrosa aproximación a las fronteras de la Federación Rusa. Esta, conviene recordarlo, se había pasado al capitalismo con armas y bagajes y había establecido una relación *cordialísima* con los países occidentales. Pero los EEUU, en los tiempos de la presidencia de William Clinton, decidieron romper todos los pactos contraídos con Rusia, en especial con todo lo prescrito en la Carta de París para una nueva Europa de 1990, y proceder a acorralarla aprovechando su debilidad. Hay que decir que los dirigentes europeos no siempre estuvieron de acuerdo con esa política o, al menos, con los ritmos con la que se acabó implementando, pero nunca alzaron la voz como lo están haciendo hoy en relación con las negociaciones de paz entre Trump y Putin para poner fin a la guerra en Ucrania.

Ahora, si hemos de tomarnos en serio los delirios belicistas de dirigentes como

**En lugar de incitar a una reflexión crítica sobre los errores cometidos en los últimos treinta años, Europa invoca la guerra y prepara una todavía mayor**

Emmanuel Macron o Keir Starmer, dicha guerra, en lugar de incitar a una reflexión crítica sobre los grandes errores cometidos en los últimos treinta años, es invocada como la principal justificación para preparar una guerra todavía mayor, «fría» o «caliente», entre potencias europeas. Si fuera «fría», sería la segunda que padecería el viejo continente en un período de ochenta años. Si fuera «caliente», sería la tercera en un período de ciento once años.

Eso comporta el fracaso de la Unión Europea, la cual, con mucho bombo y platillo, se ha legitimado a sí misma como un proyecto pacificador y superador de los conflictos endémicos entre potencias europeas. Ahora, la UE pretende convertirse –o eso nos dicen– en una gran superpotencia militar que deberá competir con las otras potencias militares del mundo. Para ello se necesita un acelerón en el incremento del gasto destinado a asuntos bélicos. Desde los años previos a la Primera Guerra Mundial, todos sabemos que en Europa incrementar los presupuestos militares siempre ha sido la antesala de una degollina bélica con consecuencias devastadoras para el resto del planeta, o bien el inicio de una larga etapa de *terror e inseguridad* provocada por el miedo al Armagedón.

En contra de lo que proclama una propaganda europeísta estomagante, Europa es una de las regiones del mundo más aficionada a las carnicerías bélicas (las

otras serían Oriente Próximo y África central). También hay en ella una gran afición por provocarlas en los países empobrecidos de la mano de los EEUU (en Afganistán, Iraq, Libia o Siria, por ejemplo) o por iniciativa propia (en Malí y en la *françafrique*, por ejemplo). Por no hablar del apoyo material y político de la UE a las matanzas genocidas perpetradas por ese país *tan nuestro* que es Israel. Valores europeos, dicen, valores europeos por los que nuestros hijos y nuestros nietos deberían estar dispuestos a matar y a morir, dicen también.

Bien es verdad que la mayoría de los dirigentes europeos dan la impresión de haber perdido los papeles cuando, con las negociaciones entre Trump y Putin para poner fin a la guerra de Ucrania, ha quedado meridianamente claro que la UE ha jugado siempre un papel subordinado en ella. Recuerdan un poco a esos niños cuyos padres les prometen que el sábado los llevarán a jugar al parque y, cuando llega ese día, los mismos padres les explican que ha habido un giro inesperado de los acontecimientos y que hay que cambiar de planes. Los niños, lógicamente, lloran, gritan y patalean.

En cualquier caso, con todo ello, las poblaciones del viejo continente se han dado de bruces con la madre de todas las distopías, con el problema político-ecológico más grave al decir de Manuel Sacristán,<sup>5</sup> a saber: con la guerra en general y con la posibilidad de una guerra entre potencias atómicas en particular.

Para las generaciones crecidas después del final de la Guerra Fría del siglo XX, enfrentarse a la posibilidad de una guerra «caliente» o «fría» a gran escala es una experiencia nueva. Y para las generaciones nacidas con anterioridad a la implosión de la URSS, esa posibilidad es una pesadilla a la que creían que no tendrían que volver a enfrentarse nunca más.

En la bronca televisada entre Trump y Zelenski, del pasado 28 de febrero, llamó la atención la siguiente admonición del presidente de EEUU al presidente ucraniano: «¡Estás jugando con la Tercera Guerra Mundial!», formulada después de que este rechazase un alto el fuego «sin garantías» para parar los combates. Al día siguiente, muchos dirigentes europeos y sus terminales mediáticos cerraron filas con Zelenski y criticaron a Trump. El diario *El País* incluso se atrevió a subrayar en un titular la frase antedicha como muestra de la demagogia del nuevo in-

<sup>5</sup> Manuel Sacristán, «Contra la tercera guerra mundial», *mientras tanto*, núm. 4, 1980, p. 8.

quilino de la Casa Blanca. Desde hace tres años, señalar el riesgo de que estalle la Tercera Guerra Mundial a raíz de la guerra en Ucrania y recordar que esa sería una guerra que no ganaría nadie y todos perderíamos, se ha considerado propaganda prorrusa. Sorprende el arraigo social que ha tenido esta burda maniobra propagandística.

Sin embargo, Trump lleva razón en esto (solo en esto, que quede claro). Tanto que, de hecho, nunca hemos estado tan cerca de la Tercera Guerra Mundial como

**Las poblaciones del viejo continente se han dado de bruces con la madre de todas las distopías: con la guerra**

en los últimos tres años. Por ello, el inicio de las negociaciones de paz entre los dos gobiernos que se han enfrentado en Ucrania por estado interpuesto es sin duda una buena noticia, pero estamos tan acogotados y/o abducidos por el alud propagandístico del que hemos sido objeto, que nadie se atreve

a decirlo en voz alta. Cuando se los expliquemos a nuestros nietos, siempre que eso sea posible, no se lo van a creer.

## Alrededor de la medianoche

El Reloj del Juicio Final o Reloj del Apocalipsis (*Doomsday Clock*, en inglés) fue una creación simbólica difundida por el Boletín de los Científicos Atómicos después de la Segunda Guerra Mundial.<sup>6</sup> En la junta directiva de la asociación que editaba dicho boletín estaban científicos de la talla de Albert Einstein y Robert Oppenheimer, así como una parte notable de los físicos que habían participado en el Proyecto Manhattan.

Como es ampliamente conocido, con dicho reloj se pretende alertar a la opinión pública sobre los riesgos existentes para la continuidad de la vida humana. Como es sabido, la mayor o menor proximidad del minuterero a la medianoche indica el mayor o menor peligro en cada período histórico.

Así, por ejemplo, en 1947, cuando Europa y el mundo se comenzaron a dividir en dos bloques enfrentados, el minuterero se situó a siete minutos de las doce de la noche. En 1949, cuando se hizo público que la URSS poseía el arma atómica,

<sup>6</sup> Boletín de los Científicos Atómicos, disponible en: <https://thebulletin.org/doomsday-clock/timeline/> [visitada en marzo de 2025].

el minuterero se situó a tres minutos. En 1953, cuando EEUU, primero, y la URSS, después, desarrollaron bombas termonucleares, el tiempo se redujo a dos minutos. En 1963, después de la resolución pacífica de la crisis de los misiles cubanos de 1962 y de la firma del Tratado de Prohibición Parcial de las Ensayos Nucleares, la situación se relajó y el minuterero se retrasó a los doce minutos de la medianoche.

En 1968, con el recrudecimiento de la guerra de Vietnam, con el conflicto entre India y Pakistán, que acabó con la adquisición de armamento atómico por ambos países, y tras la guerra de Israel –otro estado con armas nucleares– con sus vecinos árabes, el reloj se puso a siete minutos de la medianoche. En 1972, con la firma del Tratado de Limitación de Armas Estratégicas y el Tratado de Misiles Antibalísticos entre EEUU y la URSS, se volvió a los doce minutos.

La nueva aproximación a las doce de la noche (entre siete, cuatro y tres minutos en algunos momentos) se produjo entre 1980 y 1985, después de la invasión soviética de Afganistán y la decisión de EEUU de instalar en Europa misiles de corto alcance (los famosos euromisiles). Sin embargo, con el final de la Guerra Fría en 1991, se llegó al momento de máximo alejamiento de la medianoche: diecisiete minutos. Con posterioridad y con bajadas y subidas mínimas, en 2007 el tiempo se volvió a reducir a cinco minutos debido a la adquisición por Corea del Norte del arma atómica y a que el boletín decidió incluir también el cambio climático como una gran amenaza a la supervivencia humana. Desde entonces, el tiempo no ha retrocedido de esa cifra y ha ido reduciendo la distancia hasta alcanzar, a finales de 2024, los ochenta y nueve segundos, la distancia temporal más corta de las publicadas hasta la fecha. Según los científicos responsables del Reloj del Juicio Final, eso fue debido a que:

En 2024, el género humano se aproxima cada vez más a la catástrofe. A pesar de las inequívocas señales de peligro, los dirigentes nacionales y sus sociedades no han hecho lo necesario para cambiar el rumbo. Al adelantar el Reloj un segundo más cerca de la medianoche, el Consejo de Ciencia y Seguridad envía una dura señal: dado que el mundo se encuentra ya peligrosamente cerca del precipicio, un movimiento de un solo segundo debe tomarse como una indicación de peligro extremo y una advertencia clara de que cada segundo de retraso en invertir el rumbo incrementa la probabilidad de un desastre global.<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> *Ibidem* [tr. del autor].

En 2024, y más en concreto entre el 17 y el 24 de noviembre de dicho año, el mundo estuvo más cerca que nunca del temido holocausto nuclear. En esa semana, EEUU y Gran Bretaña lanzaron misiles de largo alcance contra el territorio de la Federación Rusa, y esta contestó con el lanzamiento a territorio ucraniano de un misil hipersónico llamado Oréshnik, cuya velocidad de desplazamiento es diez veces la del sonido, lo cual impide que pueda ser interceptado por alguno de los escudos antimisiles existentes. Previamente, Putin había hecho aprobar un decreto por el que Rusia se reservaba el derecho de responder con armas nucleares a un ataque convencional contra su territorio. Por suerte para todos, en ambos casos dichos artilugios no llevaban una cabeza nuclear.

Esta sucesión de hechos escalofriantes provocó que el primer ministro alemán, Olaf Scholtz, calificara de «escalada aterradora» lo ocurrido durante esa fatídica semana. Por su parte, el presidente del Gobierno polaco, Donald Tusk, declaró: «La amenaza de un conflicto global es realmente seria y real. Ninguno de nosotros conoce el final de este conflicto, pero sabemos que ahora está adquiriendo dimensiones muy dramáticas y los acontecimientos de las últimas horas lo demuestran».<sup>8</sup> Por esas fechas, en Suecia, Finlandia, Noruega y Dinamarca se repartieron unas guías con instrucciones en caso de desastres naturales, inundaciones, pandemias, ciberataques, actos de sabotaje y guerras, lo que incluía la posibilidad de una guerra nuclear a gran escala contra Rusia.<sup>9</sup>

En los años de la Guerra Fría del siglo pasado, en Gran Bretaña se repartían folletos con un contenido similar titulados *Protect and Survive* (Protégete y sobrevive) que fueron contestados por el historiador y líder pacifista E.P. Thompson con un brillantísimo panfleto titulado *Protest and Survive*<sup>10</sup> (Protesta y sobrevive), que fue muy influyente para poner en pie un potentísimo movimiento por la paz en Europa.

A diferencia de la crisis de los misiles cubanos de 1962, que también fue —conviene no olvidarlo— un gran espectáculo mediático, esta enésima repetición del juego del «¡gallina!» fue recibida con indiferencia por la mayoría de la opinión pública. Los medios de comunicación occidentales informaron de todo ello, pero sin subrayar

---

<sup>8</sup> Manuel V. Gómez y Cristian Segura, «La OTAN convoca una reunión urgente con las autoridades de Kiev tras el lanzamiento de un misil ruso de nueva generación», *El País*, 22 de noviembre de 2024.

<sup>9</sup> Carlos Torralba, «Los países nórdicos instan a la población a prepararse para una posible guerra», *El País*, 19 de noviembre de 2024.

<sup>10</sup> E. P. Thompson, «Protesta y sobrevive (I)» en *mientras tanto*, núm. 5, 1980, pp. 33-54 y «Protesta y sobrevive (II)» en *mientras tanto*, núm. 6, 1981, pp. 85-106. Traducido por Manuel Sacristán.



su terrible peligrosidad. No fuera a ser que las gentes se asustaran y se lanzasen a las calles a gritar: «¡No a la guerra!», «¡Alto el fuego!», «¡Paz pactada ya!».

## El ecopacifismo

La propaganda bélica de la OTAN insiste en volver mentalmente, una y otra vez, a los años treinta del siglo pasado. Conozco a personas que están realmente obsesionadas con esas historias. Sin embargo, para afrontar racionalmente un debate sobre la guerra y la paz en la tercera década del siglo XXI hay que pensar mucho más en el futuro que en el pasado de hace ochenta y cinco años.

Hay que hacerlo por dos razones. La primera, porque toda comparación de la situación actual con cualquier acontecimiento bélico o prebélico anterior al inicio de la era nuclear es desafortunada por anacrónica. Solo hace falta pensar en las más de dos mil explosiones nucleares que ha padecido nuestro planeta desde 1945, la inmensa mayoría en forma de “ensayos” necesarios –nos dijeron– para hacer creíble la disuasión nuclear. La contaminación radioactiva provocada por ellos ha llegado a todos los confines de la Tierra. Con esa experiencia a nuestras espaldas, todo discurso belicista debe ser valorado como contrario al fin ético de la supervivencia de la humanidad. El lanzamiento de la primera bomba atómica cambió radicalmente los parámetros de la discusión sobre la guerra y la paz. Desde esa fecha, la guerra se ha convertido en un problema de especie debido a que su persistencia amenaza la continuidad de la vida humana y, por ello, la ausencia de guerra ha pasado a tener un valor supremo. Todo eso no ocurría en los años treinta del siglo pasado. De ahí que sea mucho más interesante buscar inspiración en 1989 o en 1991, antes que en 1938.

**Con la experiencia que tenemos a nuestras espaldas, todo discurso belicista debe ser valorado como contrario al fin ético de la supervivencia de la humanidad**

La segunda, porque lo mínimo que se puede decir sobre nuestro futuro es que será muy conflictivo. Traspasar los límites de sostenibilidad del planeta, algo que ya estamos haciendo, provocará muchos conflictos. Si estos se van a resolver recurriendo frecuentemente a la guerra, como parecen sugerir nuestros dirigentes, el futuro de la humanidad es *azul oscuro casi negro*. Por eso, esta nueva oleada militarista y belicista debería servir para resucitar un ecopacifismo de masas.

El origen del ecopacifismo hay que buscarlo en las primeras acciones de Greenpeace a principios de los años setenta del siglo pasado. La formulación más sintética del ideal ecopacifista la podemos encontrar en el libro de Barry Commoner, *En paz con el planeta*, en el que afirmaba que los seres humanos debían hacer las paces entre sí para poder hacerlas simultáneamente con la naturaleza.<sup>11</sup>

Por razones parecidas, en sus orígenes, *Die Grünen* (Los Verdes alemanes) se declaraban ecopacifistas.<sup>12</sup> Y lo siguieron haciendo en líneas generales hasta que el dirigente verde Joschka Fischer, en calidad de ministro de asuntos exteriores de la RFA, apoyó y justificó la ilegal agresión de la OTAN contra Yugoslavia. Con ello Fischer propició el tránsito de *Die Grünen* del ecopacifismo fundacional a su actual ecobelicismo. Con la agresión a Yugoslavia dio comienzo, como hemos dicho, la catastrófica expansión de EE UU/OTAN hacia las fronteras rusas. Los bombardeos de la OTAN fueron percibidos por Boris Yeltsin como una flagrante humillación a Rusia,<sup>13</sup> hasta el punto de que lo que hizo a continuación fue nombrar como primer ministro a una persona llamada Vladimir Putin, el cual sería elegido presidente de la Federación Rusa un año después.

Es realmente una desgracia que el antibelicismo se haya diluido o haya caído en el olvido entre una parte notable del ecologismo político europeo. Una buena muestra de ello es que, en el debate sobre colapso y decrecimiento llevado a cabo en los ambientes ecologistas, rara vez se ha mencionado la posibilidad de que se desencadenase un colapso social a consecuencia de una guerra.

Desde antiguo sabemos que hay diferentes tipos de ecologismo. Algunos de ellos, identificados a veces como seguidores de la *ecología profunda* y contrarios a toda clase de antropocentrismo, propugnan el recurso a la guerra como el mejor remedio para restablecer el equilibrio entre población y recursos. Un ecologista finlandés, llamado Pentti Linkola, lo proponía<sup>14</sup> hace treinta y un años en una entrevista publicada en el *The Wall Street Journal Europe* el 20 de mayo de 1994. Claro está que Linkola se autodefinía como “ecofascista” y por suerte esa es, de momento, una tendencia muy minoritaria en el ecologismo político. Pero por eso resulta im-

---

<sup>11</sup> Barry Commoner, *En paz con el planeta*, Crítica, Barcelona, 1992, p. 228.

<sup>12</sup> Jorge Riechmann, *Los verdes alemanes*, Comares, Granada, 1994, pp. 267 y ss.

<sup>13</sup> Marco Pizzuti, *Attacco all'Europa*, Il Punto d'Incontro, Vincenza, 2022, p. 113.

<sup>14</sup> <https://www.guitarristas.info/foros/ecologista-radical-pentti-linkola/55663>.

<https://linkolan.wordpress.com/2020/04/04/una-perspectiva-sobre-el-estado-del-mundo-o-el-abc-del-ecologista-profundo-segunda-parte/>

prescindible que en los grupos ecologistas se tengan claras cuáles son las opciones éticas de fondo. Y por eso también sería una buena cosa que todos los grupos ecologistas siguieran el ejemplo de Ecologistas en Acción y continuasen luchando por una *paz verde*.

**José Luis Gordillo** es doctor en Derecho y profesor titular de Filosofía del Derecho (UB) e investigador por la paz.

